

DOCUMENTO DE TRABAJO  
PROGRAMA FLACSO-SANTIAGO DE CHILE  
NUMERO 278, Enero 1986.

ESTUDIO DE LA MENTALIDAD Y PENSAMIENTO POLITICO DE LA ELITE EN 1919.

Isabel Torres-Dujisin

Esta serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

## INTRODUCCIÓN

Se trata del estudio de la mentalidad y pensamiento político de la elite dirigente en un año considerado crucial, 1919. Los primeros capítulos analizan la situación internacional desde fines del siglo diecinueve hasta la guerra y la situación nacional desde la incorporación del salitre. Se intenta con esto ubicar la coyuntura (1919, año de acumulación de problemas y crisis) en el tiempo largo.

La mentalidad y el pensamiento de la elite se analizan respecto a las siguientes temáticas: el desarrollo de la idea de crisis; el tratamiento de la cuestión social, dentro de la cual se estudian la representación del socialismo y de la agitación; el planteamiento de las reformas necesarias.

Finalmente se plantean algunas hipótesis sobre la desproporción entre los miedos y fantasmas de la elite y la realidad social objetiva.

I N D I C E

	<u>Página</u>
CAPÍTULO I. EL TEMÁ DE ESTUDIO Y LAS FUENTES UTILIZADAS.....	1
NOTAS CAPITULO I.....	7
CAPITULO II. ANTECEDENTES HISTORICOS.....	9
I. LA SITUACION INTERNACIONAL.....	9
II. LA SITUACION NACIONAL.....	18
1. El desarrollo económico.....	19
a) El auge exportador en base al salitre.....	19
b) La profundización de la dependencia externa.....	23
c) La dinamización de la agri- cultura y el desarrollo in- dustrial.....	27
d) Resumen sobre el desarrollo económico del período.....	30
2. El régimen político y el campo de fuerzas.....	32
III. EL AÑO 1919.....	38
1. La crisis económica.....	39
2. Los efectos políticos de la lucha por la sucesión presi- dencial.....	42

	<u>Página</u>
3. El término de la guerra y la agitación obrera.....	46
4. Conclusión.....	48
NOTAS CAPITULO II.....	51
CAPITULO III. EL ANALISIS DE LA MENTALIDAD DE LA ELITE.....	55
I. LA TEMATICA DE LA CRISIS.....	55
1. La frecuencia y la distribución.....	55
2. La intensidad y el tono dramático.....	57
3. La crisis como decadencia.....	61
4. Caracterización global de la crisis.....	65
5. La crisis política como crisis del régimen.....	69
6. La crisis política como cambio en las relaciones de fuerza.....	78
II. EL TEMA DE LA CUESTION SOCIAL.....	81
1. El tratamiento del socialismo...	82
a) El miedo y el carácter externo.....	82
b) Fraude y capacidad de seducción.....	87
c) El antídoto del patriotismo..	90

	<u>Página</u>
2. El discurso sobre las causas.....	92
a) Causas externas.....	92
b) Causas internas.....	97
3. La imagen de los sectores populares.....	101
a) La inferioridad de los sectores populares.....	101
b) Las propuestas de cambio: "pedir con moderación".....	106
4. El problema de la agitación.....	112
a) Una observación de método....	112
b) La obsesión del orden.....	113
c) El Mercurio y la agitación social.....	115
d) La agitación en El Diario Ilustrado.....	120
5. Una tipología de los sectores obreros.....	123
a) El agitador.....	123
b) El verdadero trabajador.....	128
III. LAS PROPUESTAS DE CAMBIO: LIMITES Y DIFERENCIAS.....	132
1. El consenso de cambio.....	132

	<u>Página</u>
2. El contenido general de los cambios: "el evolucionismo".....	134
3. El desbordamiento: los cambios ideológicos en el Partido Radical.....	138
4. El remozamiento de los conservadores: la candidatura senatorial de Juan Enrique Concha.....	146
NOTAS CAPITULO III.....	155
PALABRAS FINALES.....	165
REFERENCIAS.....	173
BIBLIOGRAFIA.....	175

## CAPITULO I : EL TEMA DE ESTUDIO Y LAS FUENTES UTILIZADAS

El tema de investigación es el estudio de mentalidad y pensamiento político de la elite durante el año 1919, tomado como momento coyuntural. Se trabajó con la prensa como fuente primaria exclusiva para el estudio de la mentalidad, analizándose los tres periódicos más importantes de la época. Indudablemente, para la información sobre el contexto internacional y nacional se revisó otro tipo de bibliografía.

He trabajado con algunas categorías de análisis, tales como mentalidad o pensamiento político y elite política. Las primeras ya fueron discutidas; la última permanece todavía imprecisa<sup>1/</sup>. Se entiende por elite política aquel sector social o grupo específico que cuenta con poder, que lo ejerce a través del gobierno, del parlamento o de los partidos políticos, que tiene acceso a los medios de comunicación (en este caso la prensa) y que lo usa para dar a conocer su pensamiento y ejercer influencia política. Tras el concepto de elite está la idea de los que sobresalen por tener poder y no la idea de excelencia o ilustración, que es la definición de la propia elite.

Podría parecer un contrasentido estudiar la mentalidad política de la elite, ya que la historia de las mentalidades se ha interesado especialmente por las sensibilidades y sentimientos colectivos. La elite aparece, al contrario, como una parte del total con discursos coherentes y elaborados, sobrecargada de ideologías. Pero se trata de un falso problema. Ya se ha dicho de que no exis-

te una mentalidad común a toda la sociedad. El término colectivo no se refiere a lo total, sino a una conexión de ese total con lo individual<sup>2/</sup>. Por otra parte, el hecho que la elite tienda a producir discursos políticos más o menos sistemáticos y coherentes aumenta el interés por descubrir, tras esa armazón, las sensibilidades, los temores y fantasmas.

Para la elección de las fuentes primarias de prensa (El Mercurio, El Diario Ilustrado y La Nación) me basé en los siguientes criterios, que significaban ventajas para el estudio de la mentalidad de la elite política : una cobertura relativamente masiva, un abanico temático amplio y el hecho que expresaba los diferentes puntos de vista de la elite.

El Mercurio era un diario de orientación liberal, de línea relativamente independiente dentro de la lucha de grupos dentro de esa tendencia; además en la época representada una orientación de cambios de carácter modernizador. El Diario Ilustrado era de propiedad de la Iglesia pero expresaba el pensamiento conservador. La Nación, cuyo propietario era Eliodoro Yañez, era el Diario de la Alianza Liberal, la coalición gobernante desde 1918, en el cual predominaban las opiniones de los liberales doctrinarios.

He decidido prescindir de los folletos o libros de autor y de los debates parlamentarios, que hubiesen si-

do un material complementario o alternativo. Para hacer esta opción me he basado en la presunción de que la prensa tiene ventajas como expresión orgánica de tendencias dentro de la elite. Ella es vocero público de esas orientaciones de pensamiento, por tanto tiene ventajas sobre la producción atribuible puramente a individuos (libros o debates parlamentarios). Esas ventajas consisten en que expresan puntos de vista colectivos y que éstos, además, tienen continuidad, permiten seguir día a día las reacciones frente a la coyuntura política y, por lo mismo, permiten construir una visión global sobre el enfoque de una tendencia.

Sin embargo, desde otro punto de vista, la prensa presenta problemas como fuente del estudio de mentalidades. En ella encontramos, más que nada, discurso político público. Se trata de presentaciones de un pensamiento o una ideología que, por lo mismo, tienden a la sistematización y la coherencia. Su finalidad es la persuasión, constituyen orientaciones para la acción. No obstante para esos efectos no serían mejores ni las convenciones partidarias ni los discursos parlamentarios ni los ensayos políticos: todos ellos comparten con los artículos de prensa el hecho de ser discurso público electoral. Además, ya se ha dicho que cualquier fuente permite encontrar las huellas de los pensamientos y mentalidades, por lo tanto también los discursos políticos, pese a su tendencia a la justificación y legitimación racional de las acciones. Se requiere, sin embargo un cierto tipo de lec-

tura que vaya del texto a los sub-textos, que se interro-  
gue sobre los silencios, que pesquise los imaginarios  
colectivos analizando, por ejemplo, tipo de lenguajes uti-  
lizado, el estilo, la aparición de ciertos temas, las ma-  
neras de semantizar ciertos hechos. He tratado de hacer  
esa lectura, que permita descubrir tras las opiniones edi-  
toriales o tras la narración de un acontecimiento, los te-  
mores, las imaginaciones, las representaciones subyacen-  
tes.

Por otra parte, es importante no olvidar que la  
prensa y el discurso político de la época no llegaba ni  
estaba dirigido a la amplia masa. Tenía como referencia  
al "círculo de notables", a ellos se les hablaba.

La forma tradicional de estudiar las elites es a  
través de una historia de las ideas o de la cultura.  
El estudio de las mentalidades pretende ser una forma dis-  
tinta, que desarticula los discursos, los desacraliza.

El objetivo de esta investigación es conocer por  
qué en 1919 el discurso de la elite está tan plagado de  
temores, fantasmas y visiones pesimistas del futuro.  
Existe una evidente desproporción entre los fenómenos rea-  
les y el discurso. Ella no puede ser explicada solamen-  
te por la crisis económica o por los cambios ideológi-  
cos. Las modificaciones se dan a nivel de la mentalidad,  
de la sensibilidad, del imaginario colectivo, etc.  
Se puede plantear como hipótesis que se trata de una inte-

rriorización diferente, lo que Vovelle ha denominado "una mutación de la mirada histórica de las elites y del poder"<sup>3/</sup>.

Bajo esta perspectiva, el estudio sobre la mentalidad y el pensamiento de la elite en el año 1919 significa detenerse para fotografiar -en un momento preciso- un modo de pensar y actuar que indudablemente tiene raíces. Las tolerancias o intolerancias, los temores, los sueños y utopías son proyecciones del pasado, surgen de un imaginario colectivo, lo mismo que los planes a futuro y la lectura que hacen de su presente.

NOTAS CAPITULO I

- 1/ Los problemas conceptuales y teóricos que plantea la historia de mentalidades fueron analizados en Isabel Torres-Dujisin, Historia de Mentalidades : concepto y método, Documento de Trabajo, N° 1986, FLACSO.
- 2/ Ibid., especialmente la parte sobre el "Campo de estudio de historia de mentalidades".
- 3/ Michel Vovelle, Ideologías y mentalidades, Editorial Ariel, 1985, p.260.

## CAPITULO II : ANTECEDENTES HISTORICOS

Cualquier estudio y análisis histórico, por muy puntual que éste sea, debe interpretarse en un contexto global. Ese es el objetivo fundamental de este capítulo. Se trata de aportar diversos antecedentes del momento económico, político y social para poder distinguir las múltiples y complejas relaciones que existían entre los distintos planos de una realidad. A su vez se trata de ver cómo esa realidad objetiva tenía relación con otra realidad de carácter subjetivo, como es el caso de la mentalidad.

De ese modo, aunque lo fundamental de este trabajo sea el estudio del pensamiento político y mentalidad de la elite en Chile, durante el año 1919, se hace indispensable comenzar describiendo el contexto global.

### I. LA SITUACION INTERNACIONAL

La situación histórica de Europa en los años de la guerra y de la inmediata postguerra constituye un marco indispensable para comprender algunos rasgos de la situación chilena en 1919, tanto en el terreno político, como en el cultural y económico. A su vez la coyuntura histórica externa debe situarse en una evolución de largo plazo.

La dinámica histórica de esa época está marcada por la generalización del paso de sociedades estamentales a sociedades de mercado. Pero ese tránsito fue, por decir poco, complicado y cíclico. Pese a que la Revolución

Francesa creyó haber realizado, de una vez para siempre, la destrucción de los privilegios de linaje, eliminando las viejas normas y tradiciones feudales e instaurando el "reino de la razón", ese movimiento hacia la modernidad se detuvo varias veces y, en muchas sociedades, retrocedió<sup>1/</sup>.

En el curso de la segunda mitad del siglo XIX se aceleró en Europa un proceso de modernización socio-cultural y económica, a saber la primera y segunda Revolución Industrial, las cuales fueron modificando las mentalidades.

Los europeos de 1880, entendiéndose por ellos a los sectores ilustrados y a la elite, consideraban ciertos hechos como supuestos incommovibles. Ellos eran, entre otros, el carácter sacrosanto de la propiedad, erigida en derecho natural; la supremacía del mercado como instrumento de regulación social; la necesidad de abandonar costumbres y formas de organización tradicionales, en la medida que impidieran el libre desarrollo de una sociedad basada en el mercado, la competencia y la utilidad. El gran eje cultural, que organizaba el mundo de valores y creencias, otorgándole coherencia, era la fe en el progreso, entendido como el camino de la humanidad hacia la realización de los grandes ideales éticos de la libertad y del bienestar humano<sup>2/</sup>.

Esta fe en el progreso no solamente se basaba en

los avances tecnológicos que permitían al hombre organizar la producción en una escala desconocida hasta entonces. Además se basaba en los progresos conseguidos en la lucha contra las pestes y enfermedades que diezmaban a los hombres. En la década del ochenta, el cólera asolaba parte de Europa; entre 1884 y 1887 cincuenta y cinco mil personas murieron en Italia por esa enfermedad. Pero habían comenzado ya la serie de descubrimientos que llevarían a contener la amenaza de las pestes. Los descubrimientos de Pasteur y Koch en 1887 iniciaron la ciencia de la bacteriología. En 1882 se había inventado el suero contra la difteria, en 1895 Pasteur logró curar a un niño amenazado por la rabia activa, en 1896 se consiguió obtener con éxito un método de inmunización contra el tifus<sup>3/</sup>.

No es difícil imaginarse lo que estos progresos significaron en la lucha ancestral del hombre contra la muerte, tema tan apreciado por los historiadores de mentalidades. ¿Cómo estos hombres, que se descubrían capaces de controlar las grandes pestes que diezmaban a la humanidad -sin distinción entre señores y plebeyos, pobres y ricos- no iban a enfrentarse de otro modo a la vida, a la enfermedad, a los dioses y a la muerte?

Por otra parte, lentamente se fue ampliando la democracia, por lo menos la difusión de las instituciones parlamentarias y, en menor grado, el sufragio<sup>4/</sup>. Si bien en 1880 todavía predominaba de un modo aplastan-

te la monarquía, todas las naciones, aparte de Turquía y Rusia, habían aceptado alguna forma de representación de los diferentes sectores sociales. En Francia, en Inglaterra, incluso en el Imperio alemán, desde antes de 1880 se aceptaba el sufragio universal para los hombres adultos. Poco tiempo después se ampliaron las normas del sufragio restringido en Holanda, Noruega y España. Cuando la guerra apareció en el escenario en 1914, ya se habían extendido por Europa una serie de instituciones democrático-representativas.

Esta fe en el progreso, el eje ideológico dominante, se asentaba en la materialidad del desarrollo de las fuerzas productivas, del control de las enfermedades, del perfeccionamiento de la libertad política, de la preocupación filantrópica de las elites ilustradas por la situación de los pobres. Entre 1880 y 1914, el mundo se sentía optimista, lleno de ilusiones sobre el destino de la humanidad. ¿Tenía razón? En parte lo tenía, por supuesto. En el período anterior, entre 1848 y 1870, Europa se había visto sacudida por una guerra tras otra: las luchas entre naciones provocadas por las revoluciones del 48, la "sucia guerra" de Crimea, la ocupación de Dinamarca por prusianos y austríacos, la guerra franco-prusiana que derivó en la Comuna<sup>5/</sup>. Se podría agregar la guerra civil americana y el intento francés de convertir a Méjico en parte de un quimérico Imperio.

Por supuesto que el mundo no se pacificó en el período transcurrido entre 1880 y 1914. Las guerras si-

guieron siendo, como a través de toda la historia, una presencia constante. Pero, se trataba de guerras coloniales, como la de los boers, o eran conflictos que no comprometían a más de dos potencias, como la guerra ruso-japonesa de 1904 o la guerra entre Italia y Turquía en 1911. Es decir, el auge de la ideología liberal, con sus pretensiones humanistas y su fe en el progreso, no habían obtenido una perfecta "pax europea", pero sí habían conseguido mitigar un poco el enfrentamiento entre naciones europeas, aunque el esfuerzo bélico se estaba desplazando a las posesiones coloniales.

Este período, llamado por algunos autores "el siglo del liberalismo", el cual realmente comienza con las revoluciones de 1848 y termina catastróficamente en 1914, estuvo marcado por procesos contradictorios. Se produjeron juntos la constitución del capitalismo como sistema mundial, el cierre del ciclo de formación de naciones (Italia y Alemania en 1870), la democratización política de algunos países de Europa, la secularización y racionalización cultural, el desarrollo de la explotación colonial y la existencia -en el interior de los países- de un "capitalismo salvaje" apenas atenuado por medidas filantrópicas o gérmenes de legislación social en los países más avanzados.

Pese a este carácter contradictorio de los procesos, por ejemplo democracia y "capitalismo salvaje", se vivía un clima ideológico de optimismo histórico. No

podía decirse que las masas no habían ingresado a la política, por cuanto su presencia se había manifestado desde la Revolución Francesa hasta la Comuna. Pero ellas no constituían una amenaza, los gobiernos tenían plena convicción de su legitimidad y por consiguiente del derecho a reprimir las amenazas turbulentas. Las clases dirigentes se sentían portadoras del progreso, apoyadas por un desarrollo económico en expansión, por los avances científicos y tecnológicos, por la relativa pacificación de Europa.

Cada día, las clases dirigentes aprendían a convivir con las nuevas fuerzas sociales emergentes, los sindicatos y los partidos obreros. Por supuesto que el aumento de los obreros sindicalizados en Inglaterra produjo en 1911 grandes huelgas, o en Alemania en 1912 el crecimiento electoral del Partido Social Demócrata fue visto por algunos sectores de la clase dominante como un peligro que había que conjurar represivamente. Pero no existía, ni mucho menos, la sensación de un cambio de época. El liberalismo, la forma perfeccionada de la ideología burguesa, interpretaba el presente y el porvenir como la realización ininterrumpida del progreso humano. Ni la evidente injusticia del dominio colonial ni las duras condiciones de trabajo que imponía un maquinismo creciente eran interpretados como signos de crisis, sino como condiciones inevitables del progreso humano. De la misma manera, algunos años antes, las matanzas de los ejércitos de Napoleón fueron interpretadas como instru-

mentos de libertad, como los medios a través de los cuales se modernizarían las sociedades anquilosadas por años de autocracia.

La Primera Guerra Mundial fue la expresión de la sorda lucha entre las grandes potencias europeas por el control de las posesiones coloniales de algunos pequeños países europeos o de territorios como Alsacia y Lorena, que eran objeto de viejas disputas. Esa guerra, llamada la "Gran Guerra", produjo grandes cambios ideológicos, rompió con ese optimismo progresista y humanista.

La duración de la guerra, la crueldad de las matanzas, la ausencia de cualquier posibilidad plausible de legitimar la lucha con justificaciones trascendentales, produjeron una crisis de la conciencia liberal. Puede decirse que 1914 marcó el comienzo de la declinación de la visión optimista del mundo y de la historia que había caracterizado el auge de la ideología liberal. La autoconciencia benéfica y humanista que la burguesía tenía de sí misma debió enfrentarse a la realidad devastadora y cruel de una guerra cuyas motivaciones económicas y de poder eran demasiado evidentes.

Además la guerra creó las condiciones para otros cambios decisivos en el panorama europeo y en la historia mundial. El principal de ellos fue la revolución bolchevique, entre cuyos factores desencadenantes jugó un papel importante la situación de "pueblo en armas". Ese hecho, absolutamente imprevisible al comienzo de la

contienda, modificó la historia contemporánea, tanto por el fenómeno de una revolución socialista como por los cambios en el contenido de los conflictos internacionales que desde entonces se desarrollaron como lucha entre proyectos irreconciliables de sociedad.

La guerra destruyó la imagen de civilizador y de portador del progreso que el liberalismo había logrado darle al capitalismo. La revolución soviética produjo en el mundo una compleja mezcla de miedo y esperanza. Para unos representó la aparición de los "nuevos bárbaros"; para otros la destrucción de un mundo podrido que había demostrado toda su barbarie en los campos de batalla. Para algunos significó el sueño de la emancipación humana, para otros el término del humanismo.

Pero la verdad es que ya antes de la Primera Guerra el mundo de las ideas y de las artes había sufrido vertiginosas transformaciones generadas por la aparición de teorías revolucionarias, como las de Freud, Einstein o Nietzsche; por el surgimiento de la pintura de Picasso o Braque que cambiaban la concepción tradicional del arte. Es decir, antes de la hecatombe producida por la guerra, ya estaban en boga teorías filosóficas o científicas que ponían en jaque o criticaban los supuestos humanistas del liberalismo burgués y que cuestionaban lo que llamaban su sentimentalismo o su "hueca creencia en el progreso"<sup>7/</sup>.

Pero fue la guerra la que expandió entre las masas ese malestar o desazón sobre los supuestos culturales del mundo burgués. Con el término de las hostilidades apareció la idea de un "mundo nuevo", la cual tuvo dos expresiones diferentes. Una de ellas fue el espíritu pacifista y reformista, que depositaba sus esperanzas en cambios legales que atenuaran las diferencias sociales; el otro fue el estallido sucesivo -entre 1918 y 1922- de una ola de revoluciones en Italia, Alemania, Hungría. La profecía de Lenin sobre la europeización de la revolución parecía cumplirse. Dentro de ese ciclo, el año 1919 tuvo una especial resonancia, porque en él se vivieron simultáneamente múltiples experiencias que después fracasaron.

A grandes rasgos ese era el mundo de 1919, un mundo convulsionado, donde el orden anterior a la guerra no podía restablecerse, donde se vivían nuevas posibilidades y experiencias, donde existía ansiedad de cambios, de crear un equilibrio internacional donde la guerra no volviera a asolar el mundo.

El cambio de sensibilidad cristalizado en Chile durante el año 1919, el cual hizo eclosionar, en una "coyuntura traumática", una evolución de largo plazo, deben ser interpretados en el contexto de ese universo en ebullición<sup>8/</sup>. La prensa nacional le asignaba gran importancia a los fenómenos internacionales, por ejemplo los relacionados con el término de la guerra (la discusión sobre el tratado de Versalles) o las convulsiones sociales europeas.

Los sectores educados y la elite política estaban perfectamente al día acerca de los cambios en la sensibilidad y de las ideologías en el Viejo Mundo; conocían el avance de las ideas socialistas, seguían día a día las escaramuzas de la lucha de los bolcheviques para conjurar la guerra civil.

¿Qué pasaba, mientras tanto, en el plano interno?

## II. LA SITUACION NACIONAL

El conocimiento de las cifras sobre la evolución económica, de la legislación, de la información sobre los partidos políticos aparentemente no tienen significación directa para un estudio de mentalidades. Sin embargo, las estructuras o las instituciones representan algo así como las vigas que sostienen el techo. La mentalidad sería aquello que queda más oculto, que el ojo no puede ver a la primera mirada, pero que indudablemente tiene relación con los aspectos estructurales u organizacionales.

Por lo tanto, se hace necesario no un estudio en profundidad de la estructura económica o del sistema político, ya que esa sería otra investigación. Pero, es indispensable por lo menos trazar los contornos de los grandes cambios, tanto en el plano económico como social y político. Analizaré -mostrando las líneas gruesas-

las siguientes dimensiones de la vida social de la época: el desarrollo económico, las características del régimen político y las transformaciones del campo de fuerzas.

### 1. El desarrollo económico

Las principales características del desarrollo económico del largo período, que desemboca en 1919, fueron las siguientes : un auge exportador realizado sobre la base del salitre; la acentuación de la dependencia externa; el funcionamiento de la economía salitrera como polo dinamizador de la actividad agrícola; el desarrollo limitado pero significativo de la industria manufacturera. Sobre algunos de estos aspectos se señalarán los datos más esenciales, que permitan captar las características del desarrollo económico del período y establecer alguna relación con la organización del Estado.

#### a) El auge exportador en base al salitre

La implantación de un esquema de desarrollo económico "hacia afuera" no fue una característica originaria ni exclusiva del período del auge salitrero. Ya en la mitad del siglo 19 la economía chilena había vivido un ciclo de expansión basado en la minería de la plata que finalizó -en la década del sesenta- con el descubrimiento de Caracoles, establecimiento que vino a reemplazar por un corto tiempo, lo que habían aportado Tamaya y Chañarcillo, ya en proceso de extinción<sup>9/</sup>.

Este llamado primer ciclo de expansión basado en la minería, se complementó desde 1865 con el crecimiento de las exportaciones de trigo y harina. Entre 1865 y 1883, fecha en que culminó la incorporación definitiva del salitre en la economía chilena, el promedio anual de exportaciones de trigo alcanzaba a más de un millón de quintales.

Esto significa que ya antes de la conquista del salitre la economía chilena tenía una estructura abierta al exterior, con una cierta diversificación de exportaciones de cobre, plata, trigo y harina. Pero el auge salitrero transformó, mediante la profundización de ciertos rasgos y la aparición de otros, esa situación inicial. Es decir la modificó coyuntural y estructuralmente. El efecto de corto plazo tuvo relación con la superación de la crisis que había afectado la economía chilena entre 1873 y 1879, producida por la caída del mercado triguero y por la situación de la minería de plata. Pero los efectos más importantes fueron de carácter estructural.

Uno de ellos fue el impacto del auge importador en la magnitud de los ingresos fiscales. Un primer indicador es el ritmo de aumento de las exportaciones salitreras. Entre 1875 y 1886 éstas tuvieron un crecimiento relativamente lento y bastante fluctuante de un año a otro. En los once años de ese período se exportaron un poco más de 4 millones de toneladas, con un promedio anual de 372 mil toneladas. A partir de 1887 las cifras empezaron

a experimentar un crecimiento vertiginoso, casi siempre constante, con muy pocos retrocesos interanuales. En 1887 se exportaron 704 mil toneladas empezando un crecimiento que se detuvo bruscamente en 1919, habiéndose llegado a exportar-entre 1908 y 1918- más de dos millones<sup>10/</sup>.

El segundo indicador es la cuantía de los ingresos fiscales, los cuales tienen que ver en una proporción considerable con la recaudación del impuesto salitrero. Hasta 1879 esos ingresos eran ya relativamente significativos y venían en un crecimiento constante producido por el aumento de los impuestos aduaneros. Pero es desde 1880 que empezaron a crecer vertiginosamente. El Cuadro N° 1 muestra la progresión del aumento de los ingresos expresadas en dólares según el tipo de cambio de cada año:

Cuadro N° 1

INGRESOS FISCALES 1885-1920 Y PARTICIPACION DE LAS EXPOR-  
TACIONES SALITREAS EN EL TOTAL DE INGRESOS

Años	Total Ingresos US\$	% 1885 = 100	% Participación
1885	20.300.000	100	65.9
1890	28.396.538	140	71.9
1895	43.295.426	213	78.8
1900	48.081.178	237	76.6
1905	80.733.918	397	76.0
1910	46.907.683	231	74.3
1915	32.749.192	161	51.5
1920	39.060.698	192	40.5

Fuente: C.Cariola y O.Sunkel, op.cit., Cuadro N° 6 para el total de los ingresos en moneda corriente, Cuadro N° 7 para el cálculo de los ingresos en dólares y Cuadro N° 21 para los porcentajes de participación del salitre.

El análisis de las cifras permite distinguir dos ciclos, uno de crecimiento rápido y, otro de descenso en relación al "peak" de 1905, pero estabilizado en un nivel alto de ingresos. Lo interesante, para un análisis que sólo tiene en vista las grandes líneas, es mostrar que este crecimiento de los ingresos fiscales le definió al Estado importantes papeles económicos.

El marco general en que se produjo este aumento de los recursos manejados en la esfera estatal, por tanto

sujetos a decisión política, era la profundización del desarrollo capitalista en el terreno de la producción. El auge salitrero generó la creación de unidades productivas de tamaño mediano, con bastante concentración de la propiedad, donde se fue agrupando un proletariado minero que vivía en condiciones de aislamiento geográfico. Además, como se verá más adelante, permitió el surgimiento de una industrialización más diversificada y de mayor tamaño que la existente hasta entonces.

En resumen, el auge salitrero produjo una acentuación del desarrollo capitalista con reforzamiento de la orientación primario-exportadora de la economía y con un papel específico del Estado, basado en su función recaudadora del impuesto a las exportaciones.

b) La profundización de la dependencia externa

Es bien sabido que la implantación de los capitales chilenos (cuando todavía los territorios pertenecían a Perú y Bolivia) en la industria salitrera naciente, constituyó una demostración del empuje empresarial de la burguesía minera apoyada por los comerciantes y financistas de Valparaíso. Esa fracción tenía mucho dinamismo, capacidad de riesgo y mentalidad acumulativa; estaba más volcada hacia la inversión que hacia el consumo ostentoso.

También es conocido el proceso posterior. El triunfo chileno en la Guerra del Pacífico abrió las puertas a

la penetración del capitalismo inglés en el salitre, permitiéndole controlar una parte significativa de la producción y una parte decisiva de la comercialización del fertilizante. La evolución de la distribución está expresada en el Cuadro N° 2.

Cuadro N° 2

NACIONALIDAD DE LOS PROPIETARIOS DE LAS OFICINAS SALITRERAS ENTRE 1878 y 1925

País	1878	1884	1895	1901	1912	1925
Peruanos	58					
Ingleses	13.5	20	60	55	38.5	23
Anglo-chilena	14					
Chilena	19	36	13	14	37	68
Alemana	8	17	8	15	15	
Otros	1.5	13	19	16	9.5	

Fuente: C.Cariola y O.Sunkel, op.cit., Cuadro N° 18.

Este cuadro muestra los cambios de propiedad después de la guerra (modificaciones ocurridas entre 1878 y 1895) y la situación en el período del auge del comercio (1912). Las cifras revelan el grado de control adquirido por el capital inglés en todo el período de crecimiento de las exportaciones.

Entre los efectos múltiples sobre la sociedad de

esa organización de la producción con propiedad privada extranjera del principal producto proveedor de divisas, es importante resaltar dos. Una era el efecto sobre la constitución de las clases predominantes en el campo económico. El sector más moderno, por el tipo de actividad productiva en que estaba enclavado y por sus incrustaciones como parte del sistema capitalista mundial, era extranjero o extranjerizante, lo que significaba que tendía hacia el libre cambismo o, cuando más, hacia un proteccionismo táctico. Además no tenía como preocupación central las condiciones del mercado interno, puesto que vendía en el exterior la casi totalidad de lo producido. Por tanto, el nivel de salarios de la masa trabajadora local no representaba un estimulante del nivel de demanda, el cual estaba absolutamente determinado por los ritmos de desarrollo de los países centrales.

El segundo tipo de efectos derivados de la extranjerización del salitre, se relacionaba con el régimen político. Una de las funciones principales del Estado era redistribuir la parte del excedente generado por el comercio exterior. En el caso chileno, dada la extranjerización de la propiedad y la exportación por parte de los capitalistas ingleses de una parte significativa de las ganancias, le cabía al Estado el papel de principal canal de circulación de los ingresos generados por el salitre<sup>11/</sup>. Por lo tanto, la posesión del poder político estaba ligada a una capacidad de decisión sobre recursos económicos, que era muy significativa para la escala de la economía chilena.

La obtención del poder político no significaba sólo una capacidad de decisión sobre los medios de coacción destinados a respaldar el cumplimiento de las leyes. También representaba la capacidad de decisión sobre recursos. Esto hacía que el poder político fuera importante para todas las fracciones o segmentos que constituirían las clases con poder económico. Por ello, cada uno de esos grupos buscaba un sistema de gobierno que permitiera una repartición adecuada de esa capacidad de disposición, evitando así que algún sector pudiera monopolizarlo.

Las relaciones de determinación evidentes y claras entre la estructura económica y el régimen político que en el momento estudiado aparecen bastante nítidas, posteriormente se hacen difíciles de descubrir, por lo menos a primera vista.

Antes de entrar a un análisis más global, aquí se están señalando principalmente los efectos de la extranjerización de la economía sobre el régimen político. Como se observa ella funcionaba en dos sentidos. En primer lugar, privilegiaba a los sectores ligados al comercio exterior, los que a su vez tendían a tener una ideología económica libre-cambista. En segundo lugar, al otorgarle recursos al Estado, lo convertía en un importante órgano de decisión sobre el funcionamiento de la economía. Esto ocurría pese al predominio de las concepciones liberales que tendían a minimizar los roles de control e intervención estatal.

No es posible pasar por alto -en este rápido recuento- los efectos de la extranjerización sobre el desarrollo económico mismo, no sólo sobre el régimen político. Uno fue el efecto directo sobre los montos de recursos que podían destinarse a la industrialización. El otro efecto estaba más directamente ligado a la temática de esta investigación: se refería a los efectos de la extranjerización y de la orientación básicamente primario-exportadora sobre la mentalidad económica, principalmente de los empresarios. En ese terreno, la forma de organización económica tendía a reforzar los hábitos y valores no modernos.

c) La dinamización de la agricultura y el desarrollo industrial

Durante un cierto tiempo la mayor parte de los estudiosos de la historia económica tendieron a considerar el auge salitrero como un "desarrollo encapsulado", que no había actuado como polo dinamizador de otros sectores económicos. Algunos análisis contemporáneos muestran las vinculaciones entre el desarrollo salitrero y la agricultura del Area Centro-Sur, mostrando que el Norte Grande se transformó en un importante mercado<sup>12/</sup>.

La subestimación del efecto dinamizador sobre el desarrollo agrícola fue la consecuencia de la difundida tesis de una crisis de la agricultura después de la Guerra del Pacífico<sup>13/</sup>. Ese diagnóstico llevó a no tomar en consideración ciertos datos básicos que hubieran permiti-

do, sino modificar la hipótesis central de la crisis agraria, por lo menos percibir que el Norte Grande había constituido un mercado de relativa importancia para la producción del Valle Central y del Sur. El primer dato era la significación de la población que llegó a tener el Norte Grande. En 1883, esa población representaba el 3,5% de la población total, mientras que en 1907 subió al 7,2% y en 1920 al 7,7%<sup>14/</sup>.

El segundo dato es de carácter geográfico. El Norte Grande era una zona desértica, casi absolutamente inapta para la producción agrícola que dependía -por lo tanto- del abastecimiento de otras zonas del país o del extranjero. El tercer dato se refiere a las dificultades políticas existentes para el comercio con los países limítrofes. La información proporcionada por Cariola y Sunkel demuestra que el abastecimiento extranjero de los productos agropecuarios puede ser estimado en un 10% del total<sup>15/</sup>.

La existencia de significativas aglomeraciones de población en la extensa zona calichera, la infertilidad del suelo, la dificultad para abastecerse de trigo y otros productos de los países limítrofes, convirtieron al Norte Grande en demandante de los productos agropecuarios provenientes del Centro y del Sur. El cálculo de Cariola y Sunkel estima que el mercado nortino habría representado una demanda de 10 millones de dólares hacia 1880. Esta demanda había ascendido a 40 millones en 1913 y a 60 millones en 1920.

A su vez, las investigaciones actuales sobre la industrialización se han visto obligadas a revisar las tesis que le otorgaban una significación decisiva a la post crisis o a los "frentes populares" en la intensificación de la industrialización. Sin desconocer que en esos años se experimentó un cambio del papel del Estado en el proceso industrializador y en general respecto a la actividad económica, debe indicarse que ya en los años del auge salitrero comenzó un proceso industrializador más o menos significativo. En verdad, la enorme disponibilidad de divisas que entonces tuvo la economía chilena no fue utilizada para modernizar la actividad productiva, superando los niveles de producción artesanal y de dependencia de los bienes manufacturados de origen extranjero. Puede decirse entonces, que el esfuerzo realizado no alcanzó el nivel de lo posible, dada la magnitud de los recursos, o de lo necesario para alcanzar los niveles de países más avanzados.

Aunque esto es verdad, algunos estudios muestran que las dificultades encontradas en el sector externo, especialmente la inestabilidad mostrada por los precios en los años de la Primera Guerra, obligaron a una temprana modificación del modelo primario-exportador. Esa orientación consistió en poner el acento "en actividades productivas orientadas hacia el mercado interno"<sup>16/</sup>. Esa trayectoria, comenzada tenuemente a principios de siglo, se reforzó durante la Primer Guerra.

El impulso motivacional de ese proceso estaba -en todo caso- conectado con los flujos del comercio exterior. Fue por efecto de inestabilidad de los precios y, más en general, por la desarticulación de los mercados que se produjo una reorientación de la actividad económica.

En todo caso, lo que interesa recalcar es que el desarrollo salitrero modificó el conjunto de la economía y también la composición de las clases. La existencia simultánea de un gran desarrollo minero y de una naciente industrialización significó un aumento importante de los trabajadores no rurales, sean éstos mineros, obreros portuarios o de ferrocarriles, industriales o artesanos.

d) Resumen sobre el desarrollo económico del período

El período del desarrollo salitrero fue una fase de gran activación económica con creciente diversificación productiva. Constituyó una etapa de profundización del desarrollo capitalista, no solamente en el sentido de una pérdida de la importancia económica de la hacienda latifundista con sus relaciones sociales de tipo semi-señorial, sino también en el sentido de la creación de industrias mineras o industriales, de un tamaño relativamente grande y con significativos contingentes de fuerza de trabajo.

Este proceso de crecimiento y diversificación económica se produjo en un momento en que todavía el mundo no salía de la etapa "salvaje" del desarrollo capitalista.

Todavía primaba la idea del mercado auto-regulado<sup>17/</sup>, de la inconveniencia de la intervención del Estado para ayudar a proteger al sector más débil. Justamente la Primera Guerra marcó un cambio en esa actitud.

Por eso mismo, la constitución de industrias mineras o industriales significó el traslado de numerosos trabajadores de origen rural, acostumbrados a las condiciones de trabajo de un régimen de dominación patriarcal, a las duras condiciones de vida y trabajo de la pampa salitrera o de la ciudad.

En esta etapa del desarrollo capitalista, con creciente industrialización y con enclaves mineros en la pampa, el Estado no jugaba un rol decisivo en la humanización de las condiciones de trabajo. Este dato es indispensable tomarlo en cuenta para entender el pensamiento político de la elite. Las relaciones sociales eran mucho más desnudas, casi no existía mediación estatal. Los obreros se enfrentaban más directamente con el capitalista; estaban obligados a basarse en la pura fuerza de su organización. La existencia de organizaciones sindicales y de esbozos de organización política socialista fueron creando condiciones para que la "cuestión social" apareciera como una temática importante. Más tarde los cambios en la situación mundial reforzaron esa tendencia. Empezaban a aparecer cambios en el campo de fuerzas, modificaciones de las ideologías y en la sensibilidad política.

## 2. El régimen político y el campo de fuerza

Como expresé anteriormente, las relaciones de determinación entre la organización económica y el régimen político eran entonces claras y evidentes. Las clases dominantes, llamadas por la mayor parte de los historiadores oligarquía<sup>17/</sup>, tenían un interés común en el terreno político : evitar monopolios del control estatal. Ese Estado, con una cantidad acrecentada de recursos para repartir, era débil en el terreno político, como consecuencia de la organización que impusieron los grupos triunfantes después de 1891. El sistema político representaba un ámbito de repartición competitiva de recursos fiscales más que un ámbito de ordenación y regulación global de la actividad económica. Los intereses y las ideologías dominantes hacían que estas funciones estuvieran situadas básicamente fuera del Estado y, parcialmente, fuera de la nación.

El régimen parlamentario chileno vigente entre 1891 y 1924, constituía una versión desvirtuada de la modalidad de organización política existente en algunos países europeos. Las características del sistema operante en Chile, eran la falta de una norma de clausura de debates, situación que se prolongó hasta bien avanzado el período y la imposibilidad del Presidente de decretar la disolución del Parlamento y de llamar a nuevas elecciones.

Esto significaba que el Parlamento podía convertirse en un factor de obstrucción de la labor de los mi-

nisterios, prolongando innecesariamente las discusiones. Además bastaba que se produjeran desplazamientos políticos moleculares para que cambiaran las mayorías. Esto generaba gobiernos casi siempre débiles, con una base parlamentaria estrecha o muy dependiente de las facciones existentes dentro de cada partido.

Es evidente que ese tipo de organización tenía un papel funcional para el conjunto de la elite política: le daba a cada individuo un peso específico muy fuerte. Pero, además, al no existir normas flexibles para resolver el problema de la constitución de mayorías, los sectores dirigentes estaban obligados a buscar soluciones a través de la negociación.

Esa fórmula de gobierno era, como es evidente, muy apropiada para que las diferentes fracciones o grupos diferenciados de la clase dirigente tuvieran acceso al poder político, y a través de él, a la repartición de recursos y franquicias. Pero esa forma de gobierno se revelaba como muy problemática si se querían llevar adelante reformas o incluso un programa de gobierno dinámico.

El régimen parlamentario existente en Chile fue funcional en los períodos de auge económico. Permitía un control del gobierno por un círculo pequeño y, simultáneamente, permitía el acceso al poder político e incluso a funciones gubernamentales de grupos avanzados en

el terreno ideológico, como el partido demócrata o como algunos sectores del radicalismo. En el gobierno de Sanfuentes la participación de un partido popular en los gabinetes (el Partido Demócrata) culminó su proceso de integración al sistema estatal. Eso mismo aceleró su descomposición política en los años posteriores.

Es decir, el régimen político organizado después de 1891 permitía una forma estable de dominación oligárquica, basada sobre "tres patas" : a) la administración conjunta y la repartición "equitativa", entre el círculo oligárquico formado por las personas con poder económico y por la elite dirigente, de los fondos salitreros; b) el ejercicio de la coerción sobre el movimiento obrero naciente, localizado especialmente en las salitreras y en algunas urbes como Santiago y Valparaíso; y c) la ampliación de la clase dirigente mediante la incorporación a ella de personeros vinculados al movimiento popular o a las clases medias más desarrolladas ideológicamente. De hecho los demócratas tenían parlamentarios y, desde 1918, ministros; los radicales eran el partido eje de la Alianza Liberal.

Heisse, gran defensor del régimen parlamentario, ha mostrado que todos los partidos importantes de la época tenían un tronco ideológico que era el liberalismo<sup>18/</sup>. Aunque en sus libros no queda demasiado claro en qué consistía esa unidad común puede decirse que el conjunto de la elite política compartía, hasta aproximadamente

el comienzo de la Guerra Mundial, algunas concepciones básicas: el predominio del parlamento, la existencia de un Estado con límites para intervenir la economía, la necesidad de mantener el orden respetando la libertad política tal como ella era definida por la ley, la defensa de la libertad económica, lo que incluía una fuerte dosis de libre-cambismo. A grandes rasgos puede decirse que se trataba de un liberalismo en que se mezclaba "laissez faire", gobierno parlamentario y Estado-guardián.

Sin embargo, desde que la guerra gatilló en el mundo y también en Chile la sensación de una "crisis de la civilización" e hizo evidentes las enormes transformaciones sociales que se iban incubando en el capitalismo liberal, se aceleró un proceso de transformación ideológica.

La expansión económica del salitre había provocado un crecimiento significativo del proletariado minero; habían surgido las organizaciones sindicales de carácter local (mancomunales) y de carácter nacional (la FOCH). Un ejemplo era el número de personas ocupadas en la industria salitrera. Estas subieron de 7 mil en 1884 a alrededor de 30 mil en 1905, para llegar al tope máximo de 50 mil en 1918.

Los movimientos sociales se multiplicaron, adquiriendo en ocasiones caracteres masivos. Entre 1896 y 1915 se registró un total de 78 movilizaciones, distri-

buídas en 6 huelgas generales, 13 huelgas sectoriales, 12 intersectoriales, 13 celebraciones del 1º de mayo, 7 manifestaciones, 20 mítines y 7 incidentes.

Entre 1915 y 1925 aumentó considerablemente el número de movilizaciones registradas usando la misma fuente. Estos accedieron a 86, lo que significa que en el primer período el promedio anual fue de 5,2 mientras que en el segundo período ese mismo promedio fue de 8,6. Las movilizaciones se distribuyeron del siguiente modo: 18 paros generales, 33 huelgas sectoriales, 17 intersectoriales, 10 celebraciones del 1º de mayo, 6 manifestaciones, 21 mítines y 11 incidentes  $\frac{20}{}$ .

El crecimiento de la actividad obrera también aparece si se comparan las huelgas por empresa ocurridas en los dos períodos. Entre 1890 y 1915 éstas alcanzaron a 314, lo que da un promedio anual de 21, mientras que entre 1916 y 1926 alcanzaron a 450, lo que da un promedio anual de  $45\frac{21}{}$ .

Además en 1912 un grupo escindido del Partido Democrata y liderado por Recabarren había formado, con militantes venidos de otros sectores socialistas y del anarquismo, el Partido Obrero Socialista, directo antecesor del Partido Comunista. Tempranamente existía un partido clasista que se planteaba objetivos revolucionarios y que agrupaba a diferentes corrientes ideológicas de carácter socialista.

Las condiciones de trabajo de la clase obrera, todavía no sometidas al control de los poderes públicos, creaban condiciones favorables para el crecimiento del anarquismo y del socialismo. Se trataba de un sector social sometido a jornadas de trabajo de 12 o más horas, a una disciplina férrea, amenazada por accidentes del trabajo, con sus organizaciones perseguidas. La situación global de esos sectores era la exclusión política. Se sentían tratados como marginados, grupos cuyo nivel cultural y hábitos de vida no les permitían participar en las decisiones.

Un sector importante de esta clase obrera en proceso de formación eran los obreros salitreros<sup>22/</sup>. Ellos vivían en un enclave geográfico, en una situación de aislamiento que reforzaba las posibilidades de constitución de una subcultura particular. No se trataba de una clase obrera en formación surgida en el interior de las ciudades donde existía un espacio de relaciones interclases. Se trataba de una clase obrera cuya forma de asentamiento la hacía vivir en interacción frecuente, casi sin contacto con otros grupos o formas de vida.

De este modo, no es extraño que el proceso común a todos los partidos fuera la sensibilización frente a la temática de la "cuestión social", el planteamiento de la necesidad de cambios legales y la definición de la situación como "alarmante" o "crítica".

### III. EL AÑO 1919

¿Por qué se eligió el año diecinueve? ¿Qué razones justifican esa selección para un estudio de mentalidades? Los problemas metodológicos, derivados de la opción por el corto plazo, ya los he analizado en otro artículo<sup>23/</sup>. Aquí solamente señalaré las razones históricas que justifican el año elegido.

Se ha hablado de "momentos traumáticos"; Vovelle ha aplicado el término a los años de la Revolución Francesa<sup>24/</sup>. Por supuesto, la situación en el año diecinueve no alcanzó ese grado de dramatismo: una revolución desplegada con modificaciones violentas de la estructura social. Sin llegar ni lejanamente a ese grado de ebullición, 1919 fue un año crítico, sobrecargado de acontecimientos. Los principales fueron la crisis económica, el clima de decepción por el relativo fracaso de la Alianza Liberal, la situación pre-electoral que produjo la división del Partido Liberal, el crecimiento de la "agitación obrera" después de la guerra. Tanto en el resto del mundo como en Chile la historia parecía adquirir otro ritmo, una velocidad distinta. Como decía la prensa de la época, los viejos problemas acumulados se empezaban a ver con otros ojos; parecían gigantes. Los nuevos problemas se percibían como la gota de agua que iba a hacer rebasar el vaso<sup>25/</sup>. ¿Espejismo, imaginación colectiva, sentimiento de culpa, anticipación del futuro?

El año diecinueve fue un momento de cambio. Mucho de lo sucedido más tarde se preparó entonces. Ocurrió una acumulación de hechos expresivos, en parte, de los problemas que el mundo tendría que abordar en la post-guerra. Empezaba a acabarse la época del "Estado ausente", del liberalismo hegemónico, de la legitimidad sin grandes fisuras.

### 1. La crisis económica

Los estudios económicos de la época revelan claramente la intensidad de la crisis económica coyuntural de 1919. Ella fue la consecuencia de la inestabilidad general del comercio mundial producido por la guerra. En el caso del salitre, sin embargo, se trató de un factor agravante. La guerra no creó la inestabilidad de los precios y de la demanda. Ella existió desde siempre. El conflicto mundial no hizo más que acelerarla. En todo caso, la magnitud de las variaciones observadas en 1919 no tiene parangón.

La serie estadística 1875-1930, con datos sobre número de oficinas, de personas ocupadas, de producción y de exportaciones salitreras, es sumamente elocuente. En 1918 existían 125 oficinas trabajando con más de cincuenta y cinco mil personas ocupadas. La producción había alcanzado a dos millones ochocientos mil toneladas y las exportaciones llegaron a los dos millones novecientas mil toneladas, absorbiendo parte del stock acumulado por la

producción record de 1917. La situación cambió drásticamente de signo al año siguiente. Las oficinas ocupadas bajaron a 97, por consiguiente, la ocupación descendió en 21.9%. A su vez, la producción sufrió una baja mucho mayor de un 40.43% y las exportaciones sufrieron una debacle cayendo un 68.95%. La merma de los ingresos fiscales alcanzó casi al 50% real<sup>27/</sup>.

Otro estudio sobre los efectos de la guerra en la producción salitrera presenta importante información adicional sobre las razones de la brusca caída de 1919, así como una descripción de los esfuerzos realizados por el gobierno para intervenir en la producción y el comercio salitrero desde el estallido de la guerra hasta 1921<sup>28/</sup>.

Las razones de la brusca caída de la actividad salitrera fueron la dificultad de conseguir naves para el acarreo del salitre y la acumulación de un enorme stock de salitre en Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, cuyo volumen ascendía -a fines de 1918- a un millón quinientas mil toneladas. La primera razón ponía en evidencia el error de haber sacrificado, en aras del libre comercio, a la marina mercante nacional, con lo cual durante toda la guerra el comercio exterior chileno estuvo permanentemente obstruido.

Otra información importante que proporciona el estudio citado tiene relación con la caída de los precios. En 1919 el salitre se transó a ocho y nueve chelines el

quintal. En los años anteriores los precios habían alcanzado los doce chelines y durante el año inmediatamente posterior subieron súbitamente a quince y dieciseis chelines<sup>19/</sup>. Estas brutales fluctuaciones de precios constituían una señal de alarma. Si bien ellas siempre habían existido, desde el término de la guerra se combinaban con las políticas de sustitución del salitre natural que empezaban a afectar a los mercados europeos.

La magnitud de la crisis económica provocada por la caída del volumen físico y del valor de las exportaciones se manifestó en el campo social y político. En 1919 hubo 10 huelgas en el salitre. Esta cifra era muy alta tomando en consideración que entre 1916 y 1924 sólo tuvieron lugar 35 huelgas en el sector minero<sup>30/</sup>. Los diarios de 1919 daban cuenta de la permanente llegada a Valparaíso, en transportes especialmente fletados por el gobierno, de obreros mineros desplazados. Se les instalaba en albergues mientras que se les encontraba colocación y se organizaban "ollas del pobre"<sup>31/</sup>.

Esta crisis -que afectaba directamente al salitre- tuvo repercusiones expansivas, tanto en el sector de transportes, en las obras públicas financiadas con recursos fiscales, como en la agricultura que trabajaba para el mercado pampino. Aunque fue de corta duración, porque al año siguiente la producción y las exportaciones se recuperaron, marcó las condiciones políticas y sociales del año diecinueve.

## 2. Los efectos políticos de la lucha por la sucesión presidencial

El momento elegido se encuentra ubicado entre las elecciones parlamentarias de 1918 y las elecciones presidenciales de 1920. Este dato es importante, no tanto para los movimientos obreros cuya activación tenía más relación con la crisis económica y el aumento de la capacidad organizativa, sino para comprender los cambios entre los partidos del sistema y los grupos dirigentes.

La elección parlamentaria de 1918 significó, dentro de un sistema electoral bastante manipulado, un verdadero vuelco. Los partidos de la Alianza Liberal (radicales, liberales y demócratas) alcanzaron la mayoría parlamentaria eligiendo 67 diputados contra 50 de los partidos de la Coalición. Pero lo más importante fue que obtuvieron el control del Parlamento con un programa de reformas sociales<sup>32/</sup>.

Pese a eso el triunfo de la Alianza Liberal no modificó el funcionamiento del Parlamento ni los hábitos de la acción política. Al año de su triunfo, la Alianza no presentaba un balance demasiado importante en materias de proyectos de ley numérica del bloque mayoritario. En la segunda mitad del año 1919 el clima de decepción aumentó. No sólo las reformas prometidas no estaban en tramitación o no avanzaban sino que además se produjeron interminables querellas entre los partidos mayori-

tarios por la provisión de cargos públicos y por los resultados de unas elecciones parciales de Concepción. Esta situación tuvo su culminación en septiembre por la decisión del radicalismo de retirarse del gobierno, lo cual significó la formación de un gabinete de administración.

Las esperanzas suscitadas, centradas en la idea que se había constituido una mayoría capaz de enfrentar los enormes problemas sociales, se veían frustradas. Después del triunfo la política seguía siendo un interminable tejido de querellas entre la elite dirigente. Esta situación se vio agudizada por la división del liberalismo en octubre de 1919. Esa división fue el resultado directo de la lucha por la sucesión presidencial. Un grupo de dirigentes, hasta entonces conectado con el ala más avanzada del partido, se separó para formar la Unión Liberal, la cual apoyaría en 1920 a Barros Borgoño. La razón básica de esa escisión no fue la naturaleza del programa de Alessandri, como futuro candidato presidencial. Esta afirmación es verosímil por cuanto en 1919 se había expandido un pensamiento "evolucionista"<sup>33/</sup>, existiendo una generalizada conciencia de cambios. De hecho, tanto Alessandri como Barros Borgoño presentaron más adelante un programa presidencial semejante. Los dos tenían en común la idea de que era necesario impulsar reformas legales que evitaran un estallido violento.

Pero existía una gran diferencia de estilo político entre uno y otro candidato. Barros Borgoño era un típico

político del parlamentarismo, acostumbrado a un sistema cerrado de decisiones, en que la totalidad del poder está reservado al círculo oligárquico. Las elecciones eran, en ese sistema político, un acto controlado y manipulado. Era muy difícil que los resultados reales fueran diferentes de los previstos. Las provincias eran manejadas por caciques electorales, la verdadera lucha se daba entre los caudillos y agentes de los diferentes grupos. Entre los candidatos no existía una competencia que se resolvía por la adhesión de la masa electoral. Gran parte de los resultados se definía a priori en la constitución de los registros electorales.

Siendo muy estrecha la vinculación entre poder económico y poder político, en ese esquema la política se desarrollaba en el parlamento y entre la elite dirigente de los partidos; eran ellos quienes formaban el círculo del poder estatal, quienes armaban y desarmaban ministerios, quienes designaban los candidatos y elegían al árbitro de la política parlamentaria, que era el Presidente.

Alessandri -quien para ser presidenciable y después candidato- debió soportar la resistencia activa de una parte de la elite política, hizo suyo un discurso de adulación de las masas ("querida chusma"), de crítica a la oligarquía y de apelación al pueblo como factor decisivo de poder político. En vez de presentarse como candidato presidencial del período parlamentario, conciliador y articulador de intereses, aparecía como un caudillo. Ese

estilo de movilización de masas había sido usado por Alessandri en su campaña senatorial de Tarapacá en 1915, donde logró ganar pese a las maniobras del antiguo cacique provincial. Su forma de actuar constituía la antítesis del estilo político parlamentario. De hecho hasta 1915 no se conocían las campañas políticas, con mítines y arengas <sup>35/</sup>. ¿Qué necesidad había cuando se trataba de un cuerpo electoral manejado por los caciques?

Esta intención de movilizar a las masas por encima de los encuadramientos pre existentes, sea las organizaciones partidarias o el sistema de cacicazgo provincial, fue lo que atemorizó a los grupos dirigentes. El peligro que se veía era el despertar político de las masas más que las medidas programáticas que Alessandri empezaba a prometer. Estas últimas eran expresiones de voluntad, mientras que la toma de conciencia por parte de la masa de sus posibilidades como factor político, podía provocar radicales cambios de expectativas. Las resistencias que despertaba Alessandri, por las que era llamado demagogo y agitador, tenían que ver con su tendencia movilizadora <sup>36/</sup>.

La formación de la Unión Liberal, que significó una escisión de la tendencia avanzada del liberalismo, era el reflejo de ese rechazo por parte de un sector importante de la elite dirigente. Para ellos las decisiones políticas debían seguir siendo controladas por los

grupos ilustrados, las reformas debían ser pensadas y decididas "desde arriba". Esa escisión revelaba un temor ante la modificación de la política, plausible en una sociedad que enfrentaba una crisis de desarrollo, con una clase obrera en formación, que hacía sus primeras experiencias colectivas de movilización.

Hasta la fisura en el Partido Liberal entre los sectores moderados y los grupos más avanzados, éste había formado parte de la coalición reformadora. El partido liberal era la expresión "moderna" de las clases dominantes, capaz de establecer alianzas con las fuerzas políticas emergentes que expresaban a las capas medias y a la pequeña y mediana burguesía.

### 3. El término de la guerra y la agitación obrera

Quizás hoy día pueda parecer extraño que el término de una guerra ocurrida en Europa, a miles de kilómetros de distancia, haya podido ser percibida en Chile como un factor de cambio de época. Sin embargo, es necesario entender que las clases dirigentes vivían referidas al Viejo Mundo. Entonces el universo no era una unidad comunicativa, un espacio inmenso interconectado al instante por medio de los satélites. Pero pese a que las comunicaciones eran más difíciles que ahora, Chile pertenecía mentalmente a Europa; su elite pensaba con las categorías de un saber que se elaboraba en Francia, en Inglaterra y, un poco menos, en Alemania.

Por eso no es extraño esta sintonía con las temáticas dominantes en el mundo. Especialmente porque Europa y Chile compartían algo en común. En el Viejo Mundo la guerra actuó como reveladora de una crisis del capitalismo liberal, cuya ideología del progreso ocultaba la situación de las masas proletarias. Con la revolución bolchevique apareció un nuevo tipo de orden, una alternativa de sociedad que atraía como ideal a los desposeídos. En Chile sirvió para aumentar la conciencia entre la elite sobre la situación de la clase obrera, evidenciándose que no era posible desentenderse de ella. La formación del proletariado acá coincidió con un momento en que en el mundo empezaba a extenderse la conciencia social. Las primeras encíclicas sociales fueron, a fines del siglo pasado, un alerta a la cual era sensible una parte de la elite dirigente. La Primera Guerra permitió que esa conciencia de injusticia o de peligro se extendiera como mancha de aceite.

Es interesante señalar que la revolución bolchevique constituyó, mucho más que la revolución mejicana, una señal de peligro. En parte porque el proletariado en formación en la pampa y también en Santiago, Valparaíso o Punta Arenas estaba influido por las ideologías creadas en el Viejo Mundo, traídas a nuestras costas por "activistas extranjeros". En los primeros días de 1919 el fantasma de la amenaza revolucionaria se acercó a Chile: durante una semana obreros y sectores populares bonaerenses protagonizaron un movimiento cargado de violencia. Las descripciones de los periodistas hablaron de los

obreros en rebeldía como una "gavilla de asesinos", como "una hez humana".

No era la primera vez que los obreros se rebelaban en el continente. En Chile mismo se había vivido las trágicas jornadas de 1905 y de 1907, pero en 1919 los movimientos sociales coincidieron con una conciencia de crisis nacional y de cambio del escenario mundial.

Esas movilizaciones no alcanzaron niveles de violencia, como los de la Semana Roja de 1905<sup>37/</sup> y ni siquiera crearon una sensación de amenaza que sirviera para justificar una dura respuesta represiva, como en los sucesos de la Escuela Santa María. En 1919 hubo huelgas parciales importantes de tranviarios, de obreros cerveceros, de la fábrica de tejidos Corradi, también se realizó un paro nacional. Sin embargo, el sello de las manifestaciones obreras estuvo marcado por las actividades de la Asamblea Nacional de la Alimentación: los dirigentes populares que dialogaban con las autoridades, les hacían peticiones, las asumían como interlocutores. Por tanto, si bien existió una activación de algunos sectores obreros, éstos no constituían realmente una amenaza, pese a la situación de crisis.

#### 4. Conclusión

El año diecinueve constituye un año adecuado para un estudio en el corto plazo de mentalidad, porque en él se hicieron más visibles y evidentes procesos de cambios

de sensibilidades e ideologías que habían empezado antes. Algunos autores sitúan el comienzo de la evolución de largo plazo en 1912, con la aparición de una nueva generación política<sup>38/</sup>, otros muestran la importancia de las elecciones de 1915 y 1918<sup>39/</sup>. En todo caso, en 1919 se combinaron una serie de factores que lo convirtieron en un momento crucial : el término definitivo de la guerra, la importancia que adquirió el tema de los "cambios necesarios", los desajustes económicos provocados en toda la economía chilena por la caída de la demanda salitrera, las pugnas, divisiones y temores producidos por la inminente elección presidencial, las movilizaciones obreras, el estilo político usado por Alessandri con sus críticas a la oligarquía y su adulación de las masas.

NOTAS CAPITULO II

- 1/ Karl Polanyi, La gran transformación, Editorial Claridad, 1949, Segunda Parte; John M. Roberts, Europa desde 1880 hasta 1945, Editorial Aguilar, 1980.
- 2/ Ibid., 1980, cap. II y III.
- 3/ James Joll, Historia de Europa desde 1870, Alianza Editorial, 1983, p.47.
- 4/ John M. Roberts, Op.cit., p.71.
- 5/ Carl Grinburg, El siglo del liberalismo, Editorial Daimon, 1980.
- 6/ James Joll, Op.cit., p.177.
- 7/ Ibid, p.202.
- 8/ Ver el capítulo I de este mismo trabajo.
- 9/ Gonzalo Vial, Historia de Chile, Editorial Santillana, tomos I y II, 1982.
- 10/ Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel, La historia económica de Chile: dos ensayos y una bibliografía, Ediciones de Cultura Hispánica, 1984.
- 11/ Aníbal Pinto, Chile, un caso de desarrollo frustrado, Editorial Universitaria, 1962.
- 12/ Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel, Op.cit., pp.44-46.
- 13/ Francisco A. Encina, Nuestra inferioridad económica, Editorial Nascimento, 1955.
- 14/ Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel, Op.cit., cuadro N° 12.
- 15/ Ibid., p.12.
- 16/ J.Gabriel Palma, Chile 1914-1935. De economía exportadora a sustitutiva de importaciones en Estudios Cieplan N° 12, p.63.

- 17/ Julio Heisse, El período parlamentario 1861-1925, tomo II, Editorial Universitaria, 1982. También el período parlamentario 1861-1925, tomo I, Edit. Andrés Bello, 1974.
- 18/ Ibid., 1982, especialmente las pp. 277-350.
- 19/ Jorge Barría, Los movimientos sociales en Chile desde 1910 hasta 1926, Edit. Universitaria, 1960 y Crisóstomo Pizarro, Hacia una interpretación global de la evolución de la huelga entre 1890 y 1970, tesis doctoral no publicada, s.f., p.30.
- 20/ Ibid., s.f., p.81.
- 21/ Ibid., s.f., pp. 32 y 81.
- 22/ Un estudio importante sobre formación de clase obrera, en ese caso la inglesa, es el de Edward P. Thompson, La formación de la clase obrera, Editorial Laia, tres tomos, 1979.
- 23/ Isabel Torres-Dujisin, op.cit., 1986.
- 24/ Michel Vovelle, op.cit., pp. 293-319.
- 25/ El Mercurio (en adelante EM), 15-4-1919, p.5.
- 26/ Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel, op.cit., cuadro Nº 9.
- 27/ Ibid., cuadros Nºs. 6 y 7. Este último presenta las tasas de cambio entre 1830 y 1930.
- 28/ Ricardo Couyoumdjian, El mercado salitrero durante la Primera Guerra Mundial y la postguerra, 1914-1921 en Cuadernos de Historia Nº 12, Instituto de Historia, Universidad Católica, 1974-1975.
- 29/ Ibid., p.34.
- 30/ Crisóstomo Pizarro, op.cit., p.84.
- 31/ EM, 4-3-1919, p.12 y Ricardo Couyoumdjian, op.cit., p.18.
- 32/ Julio Heisse, op.cit., 1982, pp. 298-349.

- 33/ Ver más adelante el capítulo III de esta tesis.
- 34/ Julio Heisse, op.cit., 1982, pp. 150-155.
- 35/ Ibid., pp. 146-155 y Gonzalo Vial, op.cit., tomo II.
- 36/ Ricardo Donoso, Alessandri, agitador y demoledor, Editorial Fondo de Cultura Económica, dos tomos, 1952 y 1954.
- 37/ Gonzalo Izquierdo, Octubre de 1905. Un episodio de la historia social chilena en Revista Historia Nº 13, 1976.
- 38/ Gonzalo Vial, op.cit., tomo II.
- 39/ Julio Heisse, op.cit., 1982, pp. 156-175.

## CAPITULO III : EL ANALISIS DE LA MENTALIDAD DE LA ELITE

### I. LA TEMATICA DE LA CRISIS

#### 1. La frecuencia y la distribución

El tema de la crisis fue un tópicó recurrente en el año diecinueve. Revisando en los tres principales diarios (El Mercurio, La Nación y el Diario Ilustrado) se han seleccionado setenta y un artículos que colocan el tema de la crisis en el centro del análisis. No se tomaron en consideración todos los artículos que mencionan la palabra crisis sino solamente aquéllos en los cuales ocupa un lugar importante o central.

Solamente en El Mercurio se seleccionaron treinta y ocho artículos, escalonados a través de todo el año, con excepción del mes de diciembre. La mayor frecuencia de artículos está concentrada en los meses de marzo y abril. Este auge coincidió con tres incidentes: una disputa política entre los partidos de la mayoría a propósito del nombramiento del Intendente de Talca; una enconada pelea entre demócratas y radicales a propósito de la elección de un diputado por Concepción que fue resuelta a través de un pacto de los partidos, que modificaba la opinión de los electores y, por último, la aceptación de arbitraje en la huelga de la industria textil Corradi, con lo cual se cedía al "chantaje de la fuerza"<sup>1/</sup>. El tipo de valorización y connotación que otorgaban a los hechos es sintomático. Por ejemplo, el motín militar de mayo, que recibió una abundante cobertura periodística en el diario, no fue tematizado en

términos de crisis. Solamente en dos ocasiones El Mercurio editorializó sobre el tema, vinculando los intentos de insubordinación militar con la idea de crisis<sup>2/</sup>.

En La Nación se encontraron sólo diecinueve artículos centrados en el tópicó de la crisis. La distribución de la frecuencia también es muy interesante, por cuanto hasta el mes de septiembre no había aparecido ese tipo de artículos. Durante ese último mes La Nación publica nueve editoriales donde trata los problemas políticos ocasionados por la renuncia del Ministro de Justicia y la posterior renuncia colectiva de los Ministros radicales tratados como indicadores de la "profunda crisis política que sacudía la sociedad chilena"<sup>3/</sup>.

En el Diario Ilustrado se seleccionaron diecisiete artículos que tratan explícitamente el tema de la crisis. La distribución en el tiempo es más continua y menos concentrada que en el caso de La Nación, aunque en el mes de octubre se destinan cuatro artículos para analizar la nueva "crisis ministerial", que dio lugar a la formación de un discutido gabinete de administración y para criticar las tendencias del "radicalismo social", que emergían en el partido de Mac Iver, arrinconando al liberalismo de los viejos líderes<sup>4/</sup>.

Desde el punto de vista de un estudio de pensamiento político constituye un dato revelador esta insistencia en un diagnóstico de crisis. Se ha visto en el análisis

del contexto nacional que existían, efectivamente, elementos objetivos para hablar de crisis.

Es verdad, por otra parte, que no era la primera vez que aparecía esta temática en la prensa. Pero una investigación sobre los principales diarios del período muestran que si bien se hablaba de crisis, esa noción no tenía hasta 1920 un carácter globalizador.

## 2. La intensidad y el tono dramático

Una parte importante de los artículos que se refieren a la crisis, especialmente de El Mercurio, están escritos en un cierto estilo. Al leer la adjetivación tremendista, el tono exaltado y la fuerza dramática que adquirió el lenguaje, se tiene la sensación de estar enfrente de uno de esos folletines de la literatura romántica. El tono cargado de metáforas efectistas que jugaban con la oposición enfermedad/salud y vida/muerte, estaba muy bien expresado en este texto de El Mercurio: "Hemos recordado en otras ocasiones los dos célebres frescos del Lorenzetti: el Buen Governo y el Cattivo Governo, colocados en el siglo XIV, en el Palacio Público de la antigua república sienesa que representan los símbolos de la buena y la mala administración. En uno todo sonríe, hombres, naturaleza, hijos robustos y felices, espigas granadas y abundantes; en el otro los caminos desamparados, nidos de malhechores, la pestilencia y la enfermedad, la fatiga y el odio, todo retrae y refleja la maldición de los gobernados. Cuál de

estos cuadros es el que nos corresponde? Ciertamente el segundo, no falta ni la peste..."<sup>5/</sup>.

Pestilencia, enfermedad, la maldición de los gobernados, la ciudad sitiada por malhechores: esas son las metáforas en que se expresa la crisis. El editorial de El Mercurio, parte del cual se ha transcrito, representaba un exponente muy perfeccionado del estilo, aún incluyendo referencias a los frescos de Lorenzetti. Pero no era el único ejemplo. En El Mercurio se encontraban múltiples expresiones de ese tono y de ese estilo, algunas mucho menos sutiles, porque lo que se decía no estaba atemperado por la comparación alegórica. Un ejemplo, donde el discurso adquiriría un tono de condena moral: "Digamos las cosas con sinceridad y de verdad: no es posible soportar la tontería de unos, la vanidad de otros, la hipocresía de muchos; no es posible tolerar esa miserable máscara de oro-pel y falsos colores con los que dirigentes cubren su impotencia"<sup>6/</sup>.

Otro, en el cual las metáforas de la enfermedad eran el vehículo que se utilizaba para graficar el dramatismo de la situación: "El cuerpo, joven en años, aparece relajado, con úlceras internas, con amenazantes manchas exteriores; en las extremidades del territorio la anemia es total, no alcanza allí la sangre y puede caerse un pedazo"<sup>7/</sup>.

Las imágenes que asimilaban la crisis con la enfermedad, que por tanto la incorporaban al campo semántico

de la muerte, eran reiteradas. Así se hablaba de "remediar los graves males"<sup>8/</sup>, realizando una doble asimilación de la crisis con la enfermedad, o usando insistentemente la metáfora de la "parálisis"<sup>9/</sup>, de la "ceguera"<sup>10/</sup> y de la "depresión"<sup>11/</sup>. A veces se utilizaba directamente esa expresión psicológica, otras veces se hablaba de la "melancolía" que producían los "errores de los hombres"<sup>12/</sup>.

Otro eje semántico era la asimilación de la crisis con el caos, la catástrofe o la destrucción. Por ejemplo se decía que la desorganización gubernamental había "destruido en 25 años" lo que no podría reconstruirse en 40<sup>13/</sup>. Un poco más adelante en el mismo artículo se añadía: "esto se cae a pedazos", cargando de énfasis dramático la idea de destrucción. En otra parte se hablaba de la "catástrofe completa del ejercicio público de los últimos tiempos" o se afirmaba categóricamente que "la crisis política marcha precipitadamente a la explosión...es una cabalgata al abismo"<sup>14/</sup>. También se llamaba a los "hombres honrados" a unirse para salvar al país del caos "en que lo van sumiendo los apóstoles del desorden"<sup>15/</sup>.

La "vergüenza" o la "ignominia" eran otras formas metafóricas, igualmente intensas, de referirse a la crisis. Cuando a principios del año se produjo un cambio ministerial como consecuencia del nombramiento del Intendente de Talca, El Mercurio, editorializando sobre la necesidad de "hombres superiores" que elevaran la política desde el nivel de las menudas rencillas a los grandes debates, ha-

blaba de "la crisis vergonzosa que ha causado en todo el país un disgusto casi despreciativo"<sup>16/</sup>. Hablando de las ambiciones electorales se sorprendía que no se sintiera "el alma herida por la ignominia que estas cosas acarrearán sobre todos"<sup>17/</sup>.

En no pocas ocasiones la crisis era presentada como terminal, a veces a través de la metáfora del abismo, otras de una manera directa. Un ejemplo bastante explícito se encuentra en un editorial de El Mercurio dedicado a criticar la politización del poder judicial: "no es permisible que se siga adelante la obra desquiciadora de la política en la constitución del poder que es el primero por su valor moral en los pueblos civilizados: cuando hasta éste alcanza la corrupción hay que prepararse para la crisis final"<sup>18/</sup>.

Comentando uno de los tópicos más analizados del período, "los abusos del sistema parlamentario", se afirmaba que "está en el ambiente nacional la necesidad de una reforma...o la ruina". Este tono y este estilo dramático, ¿qué sentido tenía?. Las metáforas sobre la crisis se ubicaban en un espectro que iba desde "peligrosidad" o "gravedad" hasta "incurabilidad".

¿Pasaba algo en esa época que justificaba este discurso de caos y catástrofe?, ¿o se trataba de una forma literaria más que de una visión de la sociedad? Visto el año diecinueve en perspectiva histórica la exaltación del lenguaje resulta exagerada como descripción del presente.

Existía evidentemente una situación crítica, especialmente en el terreno económico. Pero no se trataba de que la sociedad no funcionara o el orden se estuviera derrumbando. Quizá lo más sintomático de ese discurso era que no representaba una descripción de esa realidad. Lo que el discurso intentaba era mostrar una visión del porvenir, de un futuro posible. La intensidad con que se adjetivaban los síntomas indicadores, la fuerza dramática con que los articulistas se referían a incidentes más o menos banales (como la lucha por empleos o las rotativas ministeriales) reflejaba el deseo de mostrar lo que podría suceder si no eran tomadas medidas paliativas. Pero para ello (lo que es muy revelador del papel que la prensa se asignaba frente a la elite dirigente tanto como de la mentalidad de la elite misma) se necesitaba mostrar un presente desquiciado. Exagerar la visión de caos, utilizando una amplia gama de metáforas y comparaciones de enfermedad, muerte, caos, abismo, etc.

### 3. La crisis como decadencia

La crisis de la cual hablaba la prensa, con tanta frecuencia e intensidad, no era vista como decadencia. Esto significaba que la conciencia de crisis estaba despojada de los elementos nostálgicos tan presentes en los ensayistas e historiadores conservadores<sup>19/</sup>. El centro del análisis no era la lamentación por un pasado exaltado a la categoría de una "edad de oro".

Sin embargo, se deslizaban en el análisis de las cri-

sis algunos elementos nostálgicos típicos del "decadentismo". En algunas oportunidades, no muchas, la crisis era tratada explícitamente en ese código. Por ejemplo, se decía: "Nosotros notamos un grave síntoma de decadencia política de nuestra República, que señala ya las proximidades del colapso"<sup>20/</sup>.

En otra parte se asumía la defensa de los "buenos tiempos", injustamente vituperados como tiempos de oligarquía: "Se hablaba de oligarquía para designar el régimen de gobierno y eso era una mentira. Porque al gobierno subieron primero, en tiempo de Prieto, Bulnes y de Montt y aún de Pérez, los meritorios y los pobres, vinieran de donde vinieran; fueron después los elegidos del Presidente... y enseguida los elegidos del pueblo, tal vez por dinero, pero no era culpa de los de arriba que se vendieran los de abajo"<sup>21/</sup>.

En realidad se trazaba un camino de decadencia, desde una situación de generación meritocrática del poder político hasta una situación inversa, de generación plutocrática. La argumentación esgrimida es paradójica, el mecanismo de esta degradación había sido el sufragio universal.

Pero se trataba sólo de algunos casos y aún en esos la defensa de ese período era calculada, midiendo los pro y los contra. El discurso estaba muy lejos de la añoranza utópica, aunque se dijera que "era un gobierno más inteligente, justo e igualitario que el actual"<sup>22/</sup>. El cua-

dro que se trazaba era evidentemente exagerado, pero aún siéndolo no constituía un discurso nítidamente "decadentista", ni siquiera en aquellos trazos más nostálgicos del pasado.

El eje semántico que tensionaba la conciencia de crisis era otro. Las referencias "decadentistas" eran como huellas que no alcanzaban a marcar el análisis. El centro o el núcleo de esa conciencia era la existencia de un viraje, de una "nueva época", la cual planteaba problemas nuevos. Se hablaba de una profunda sacudida de las "viejas sociedades", de la guerra como revelador de los problemas sociales que una burguesía confiada, segura de sí misma porque se sentía la expresión del progreso y del humanismo, no había percibido en toda su profundidad<sup>23/</sup>. En otra parte se decía que la hecatombe que había vivido la humanidad iba a renovar profundamente los antiguos moldes de la organización social<sup>24/</sup>. Incluso esa tesis era planteada en una forma poco verosímil para las evidencias empíricas. No se trataba que las clases dominantes no hubiesen percibido la cuestión social, en realidad ésta estaba recién apareciendo, por lo menos como presión popular: "Los dirigentes, hombres de un mismo rango social, con parecidos intereses, de una educación análoga, sin tener al frente nadie que les disputara el poder, pudieron jugar inocentemente a la política, porque, en realidad, nada los dividía profundamente, ni llegaban hasta sus artesonados salones exigencias perentorias de abajo. Así, era la vieja política"<sup>25/</sup>.

La frase consignada tiene una temporalidad equívoca, de modo que podría pensarse que la armónica situación descrita era anterior a 1891. Sin embargo, un poco más adelante la temporalidad se precisaba: "Cuando hace pocos días acompañábamos los restos del ilustre anciano, don Ramón Barros Luco, pensábamos que con sus despojos se sepultaba también una era de nuestra historia que acaso vamos a añorar, en medio de las agrias luchas del porvenir; una era de tranquilidad social, de progreso pacífico, exenta de odios y de trascendentes conflictos, una era sin partidos porque lo fue de equilibrio y de concordia"<sup>26/</sup>.

Para coronar esta visión del pasado arcaico, en contradicción con esa época de creciente movilización popular, el artículo agregaba: "Que suave y dulce filosofía le enseñó la experiencia de su tiempo al Sr. Barros Luco! Las dificultades se resuelven solas, repetía. Es que casi no había dificultades"<sup>27/</sup>.

La idea que subyacía era que se había "cerrado una época" y se abría otra. El sentido de esa nueva era aún constituía una incógnita ("cuya finalidad no podríamos apreciar con exactitud") pero que, en todo caso, significaría "un despertar de la opinión dormida"<sup>28/</sup>.

El componente principal de la conciencia de crisis que se basaba en un presente, más imaginario que real, era el temor al futuro. Por ello, el tono de intensidad, la visión dramática de la situación representaba una estra-

tegia comunicativa de sus discursos. Mostrar la urgencia de cambios, la necesidad de introducir una reorganización de la sociedad. Por lo tanto, se alejaba lejos del espíritu nostálgico que resolvió los problemas del presente tomando como referente el pasado. Todo lo contrario, como la crisis era de futuro la insistencia estaba puesta en el cambio o, para usar el lenguaje de la época, en una evolución que evitara la revolución: "...y de un país a otro las revisiones, las reformas irán estableciendo el nivel del régimen social y económico de la edad que comenzamos... Pero es preciso caminar, el que queda rezagado perece"<sup>29/</sup>.

#### 4. Caracterización social de la crisis

¿Cuál era la crisis de que hablaban los discursos periodísticos, contribuyendo a expandir como "sentido común" la conciencia de que el orden social debía ser modificado o de que había perdido su antigua legitimidad? En 1919, pese a la evidente preocupación por la caída de la actividad económica, el contenido del discurso sobre la crisis no se refería a los problemas económicos, al contrario de lo que sucedía en 1913<sup>26/</sup>.

En el año que he tomado para el análisis, la crisis era explícitamente definida como de carácter político; aunque se usara un lenguaje un poco rústico para hacerlo: "...tenemos en Chile una crisis permanente y grave: la desorganización de un cuarto de siglo en todos los departamentos administrativos. Esta crisis...engloba a las otras...,"

las resume y las digiere..."<sup>31/</sup>.

Esa desorganización de los ministerios que, según el articulista duraba desde el inicio del período parlamentario, constituía una crisis del aparato estatal. Con ese lenguaje de contador se estaba diagnosticando una incapacidad de los sectores dirigentes para hacer funcionar eficientemente el Estado. Ese constituía el principal problema: "Podemos agregar, sin vano pesimismo, que además de las crisis económicas causadas en el año 1914 y en el año 1919, por la iniciación y término de la guerra, tenemos en Chile una más permanente y grave"<sup>32/</sup>.

Los graves problemas económicos existentes, si bien estaban en la mente del analista y se conceptualizaban como crisis, tenían a sus ojos una importancia menor. La desorganización del Estado y, como consecuencia de ella, la ineficacia de la política, era vista como la crisis que sintetizaba y englobaba a todas las otras.

Quizá nos encontramos aquí con un elemento importante del pensamiento político de la época, el cual -aunque no estaba siempre explícito en el discurso- jugaba un papel generativo. Se trata de la idea de una separación entre la economía y la política y de que la primera, por ser autoregulada o regida por leyes objetivas, no podía ser objeto de decisiones o de acciones racionalmente planeadas. Esta idea liberal, sedimentada por largos años de internalización, actuaba como materia prima del pensamien-

to. Por ello, he dicho que tenía una función generativa, era una creencia de "sentido común" y era constituyente del pensamiento político sistemático de la elite.

Muchos artículos sobre los problemas sociales del año diecinueve hablaban de la guerra como "revelador". Era frecuente que los análisis sobre la crisis afirmaran que la guerra hizo visibles viejos problemas sociales, que antes no parecían alarmantes, y agregó otros nuevos. Entre los textos que he encontrado revisando la prensa hay uno que planteaba una tesis mucho más interesante. En él se decía que el motivo de la crisis era, no sólo la guerra, sino un problema más grave, por ser permanente. Este consistía en que "el sufragio universal quebró en todo el mundo la estructura antigua de las sociedades"<sup>33/</sup>.

Este texto tiene una gran importancia, principalmente porque planteaba con claridad una idea que generalmente se silenciaba: el temor al sufragio universal. Es interesante señalar que en la prensa casi no se hablaba de eso. Sin embargo, un observador político de la época cuenta que constituía una preocupación de los sectores dirigentes<sup>34/</sup>.

El privilegio de la crisis política por encima de la económica, en un momento en que la cesantía y la pauperización eran muy grandes, tiene relación con la creencia que la economía estaba regida por leyes objetivas, sobre las cuales era inconveniente intervenir, mientras que la

política era un ámbito susceptible de cambios deliberados.

Pero, además, estaba otro hecho: el término del sufragio censitario a fines del siglo pasado y las demandas de democratización electoral que habían llevado a las reformas de 1911 y 1914<sup>35/</sup> aparentemente ponía a la sociedad chilena en el umbral de una transformación desde un sistema político de élites hacia un sistema político de masas. Esta creencia, que en realidad constituía un temor prematuro, tenía una base: los resultados de las elecciones de 1918 y los planteamientos de Alessandri, respecto a las masas como actores políticos.

La crisis era definida como política porque se temía a la emergencia de nuevas clases que romperían la armonía de la política parlamentaria, realizada principalmente en el Congreso y los partidos, pero también en los salones de las clases dirigentes<sup>36/</sup>. Como se ve, se trataba de un temor, de la sensación de una amenaza futura, más que de la descripción de un proceso ya en desarrollo. En verdad, en 1918 habían ganado los partidos avanzados y en 1919 Alessandri estaba a punto de ser designado candidato presidencial por una coalición donde la fuerza principal la constituían los radicales. Pero el sistema electoral seguía siendo manejado por los "caciques" locales y provinciales, por los terratenientes y por los que tenían poder económico.

Sin embargo, esta caracterización de los problemas sociales como una crisis política global apareció en el

año 1919 con mayor fuerza que anteriormente. Además la definición del contenido de la crisis experimentó una diversificación o una ampliación del sentido. Hasta entonces el énfasis se colocaba, por lo que dicen los estudios sobre el tema<sup>37/</sup>, en la definición de la crisis política como provocada por razones institucionales o por "malas prácticas". El problema residía en que se habían desvirtuado las relaciones entre los poderes del Estado. En 1919 este tipo de enfoque también aparecía, pero combinado con otro. Este último ponía en el centro del análisis de la crisis la existencia de cambios en las relaciones de poder o de fuerza entre los diferentes grupos sociales.

##### 5. La crisis política como crisis del régimen

El análisis más generalizado y común sobre la crisis política, considerada como crisis del sistema político o de gobierno, era aquél que se centraba en el desequilibrio entre los poderes (Presidente, Ministerio, Parlamento) o en la inestabilidad gubernamental. Este análisis, cuando lograba llegar más a fondo, mostraba que el sistema parlamentario chileno era, en comparación con el europeo, una forma muy atípica. Se le llamaba "parlamentarismo desvirtuado".

El siguiente texto constituye un ejemplo característico del análisis que atribuía la crisis política al desequilibrio de poderes: "Nuestro gobierno es malo porque

es débil, porque a los gobernantes se les ha atado las manos, porque aunque la apariencia del gobierno está en el poder ejecutivo, en realidad reside en las Cámaras... (Estos) no son organismos aptos para gobernar"38/.

Un tiempo después El Mercurio hablaba del desequilibrio de poderes "la enfermedad de nuestro sistema". Pero agregaba que, hasta entonces, la voluntad de los presidentes y de sus miembros había conseguido "imponerse al desorden"39/. Es decir, la ineficacia de las normas podía ser sobrepasada por el ejercicio del poder. La profundidad del mal dependía, en realidad, del comportamiento de los actores, de su "voluntad" como decía el texto. A diferencia del primero, en este texto la crisis del sistema era una crisis de las personas que ocupaban los cargos.

Sobre la inestabilidad gubernamental se podrían extraer múltiples citas. Ahora me limitaré a comentar una de ellas. En los primeros meses del año, cuando todavía la rotación no había recrudecido, El Mercurio planteaba el problema de esta forma : "...el completo desprestigio del gobierno en el país entero, ante el pueblo, ante la burocracia, ante los círculos más escogidos, intelectuales o productores, en las instituciones armadas, en todas partes. Y este desprestigio es la consecuencia de la rotativa ministerial"40/.

Esta manera de plantear el problema merece algunos comentarios. Se trataba de una expresión muy característica